

Sobre la luz y el fuego

Cuando nos esforzamos en definir algo con nuestras propias palabras, ese esfuerzo puede acabar en un pensamiento, ese pensamiento es materia y toda materia ha tenido un propósito espiritual, pues tal propósito no existe cuando copiamos lo que otra persona ha definido.

Lo que hemos pensado es una onda electromagnética, pues se miden su intensidad y voltaje como impulsos cerebrales, como toda onda electromagnética es una luz, resulta que lo que hemos pensado es luz y se ha demostrado científicamente que la velocidad del pensamiento es muy, muy superior a la de la luz física que recorre 300.000 km en un solo segundo. Podemos imaginar la cantidad de veces en un segundo que nuestro recién creado pensamiento choca con las mentes de toda la humanidad, y la responsabilidad que ello nos acarrea.

Pues bien, todo es luz, lo es nuestro pensamiento así como que también lo es aquello que lo motivó, la diferencia tan solo está en su frecuencia, es decir, en su intensidad, pues el esfuerzo que hemos hecho para pensar tiene mayor intensidad que el propio pensamiento, hemos puesto en movimiento nuestra sustancia mental para crear un pensamiento, hemos conectado una parte de nuestra mente abstracta con otro de la concreta lo que equivale a decir que se ha invertido una energía de alta frecuencia para transformarla en otra de frecuencia menor, que es ese pensamiento.

Científicamente se comprueba que cuando un cerebro se esfuerza en pensar emite mayor voltaje que cuando la persona está leyendo sin pensar, son energías de frecuencias distintas y ambas son luces.

A la energía de mayor frecuencia le llamamos "luz" y a la de menor frecuencia "fuego". Si adoptamos los pensamientos de otros evitamos poner en movimiento nuestra propia luz y lo único que hacemos es propagar un fuego ya existente a través de otro fuego, que es nuestra propia materia que nos estructura.

El conocimiento es al fuego como la sabiduría lo es a la luz. Y la relación entre ellos la llamamos "conciencia", la conciencia siempre es el resultado de una dualidad, pero esa dualidad ha de pertenecer al propio individuo para que pueda desarrollarse su propia conciencia, cosa que no puede ocurrir si repetimos como papagayos lo que dicen otros, por sagradas que sean sus palabras, ya que por ser palabras tienen materia y toda materia ha tenido una causa, si esta causa no es nuestra sino de otra persona, entonces estamos anulando la posibilidad de desarrollar nuestra propia realidad, nunca empleamos esa energía de alto voltaje y lo único que hacemos es servir de materia combustible para el fuego que han creado otros.

Bajo esta perspectiva resulta real la luz en la cabeza, así como el "fuego" en la cabeza, tan solo hace falta la capacidad de percibir lo uno o lo otro. Si solo se percibe el fuego, este se confunde con la luz, pero si es la luz la que se percibe, el clarividente distingue entre la luz y el fuego porque los comprende a ambos y sabe perfectamente cuando ha de aplicar la una o el otro, y también cuanto.

Cuando hablamos de la luz del espíritu nos referiremos a esa energía de alto voltaje que todavía no se ha densificado en materia, por lo tanto aún no forma parte de nuestra personalidad como pensamiento, ni sentimiento ni actitud, y así andamos buscando pensamientos de otros.

El fuego del alma tiene su manifestación en toda la estructura material de nuestra personalidad y que ha sido creada por nosotros mismos.

Si evitamos tomar decisiones y nos abandonamos a los criterios de otros, implica que una parte de nuestra estructura material estará causada por el fuego que otros han creado y no por nuestra propia energía o luz, luego siempre iremos buscando fuegos que nos estructuren, pero cuando el fuego que nos estructura es nuestro y de nadie más, implica que toda nuestra luz espiritual la hemos transformado en fuego material y nosotros hemos sido sus artífices, es decir, que todo el potencial positivo de la energía de nuestra voluntad se corresponde con el negativo del fuego de su realización en nuestra materia, (y no que la voluntad ya realizada de otro se realice otra vez en nuestra propia materia) y al contactar ambos polos se hace la luz, una luz que ilumina a su alrededor sin posibilidad de apagarse jamás sin consumirse.

Podríamos establecer unas diferencias entre luz y fuego.

-El fuego consume, la luz consume.

-El fuego destruye, contamina y deja residuo.

-La luz construye, purifica y redime.

-El fuego puede impedir que se manifieste lo superior, porque si no hay luz elimina a la materia. Luego el fuego y la luz han de combinarse sin lucha.

-La luz existe porque el fuego le presta la necesaria materia para que se manifieste. ¿Acaso existiría luz sin el fuego?, de la misma manera

que percibimos la luz porque existe oscuridad, y la oscuridad no es la ausencia de luz sino que esta es menos intensa.

-A la luz se la imagina por la fe y la creencia a través del temor o se la comprende por el conocimiento a través de la propia libertad.

-El fuego exige y niega, la luz tolera y afirma.

-El fuego se expresa mediante los sentidos y no sabe hacerlo de otra manera, mientras que la luz se expresa a sí misma y no precisa de los sentidos, aunque sabe utilizarlos cuando así tenga que ser.

-Esa luz es la del corazón, es el alma.

Si hablamos de la intuición deberemos referirnos a la capacidad de comprender qué grado de luz espiritual, (por lo tanto todavía no manifestada), hay que emplear para transmutarla en otra de menor frecuencia bajo la forma de un pensamiento, sentimiento o actitud, y ante esta lógica cabría pensar que la luz de la intuición no es del alma, sino del espíritu, siendo el alma esa conciencia o fuego resultante del contacto entre una energía de orden superior y otra inferior, pero que se corresponden perfectamente y lo de arriba está satisfecho con lo de abajo.

Si al meditar deseamos la luz y la imaginamos, ¿realmente es efectiva la meditación por el deseo de luz?, deberíamos de ser valientes y osar respondernos, aunque hay que reconocer que es necesario el proceso de desear que la luz ilumine a la humanidad como método para desembarazarnos progresivamente de todas las menudencias que atiborran nuestras vidas cotidianas y que son fuegos, así, al meditar deseando y anhelando el cese de situaciones que nos resultan incómodas, invocamos al fuego y no a la luz, pero todo fuego es luz de más baja frecuencia, pues será necesario pasar por todo un proceso, que podrá ser más o menos largo, en el que estaremos invocando fuegos hasta que estos se conviertan en nuestra propia luz, y todo empieza cuando se decide comenzar a caminar sin muletas, con el peligro que ello conlleva y que no es más peligroso que el que corre un bebé aprendiendo a andar.

Puede existir peligro en la meditación, pues si el deseo y el anhelo son intensos existiendo una parte egoísta en ellos y dado que se manejan fuegos, pueden acarrear desequilibrios emocionales ante todo, y estos pueden repercutir en el pensar y en el vivir físico.

Si meditamos con un objetivo definido y concretado hasta donde podamos, atraeremos –y no recibiremos– a la energía necesaria para ponerlo en marcha y que es nuestra sin que tenga que descender desde las alturas, es decir que sepamos qué y cómo hacer y para eso hay que empezar por las cosas pequeñas de cada día ya

que si deseamos que acaben las guerras en el mundo ¿eso cómo se hace en nosotros? ¿nos damos cuenta de que si hemos discutido o acalorado con alguien estamos formando parte del odio que se desata en una guerra? pues de la misma manera que si hemos procurado no alterarnos habremos quitado fuego a otra guerra.

La luz es a la clarividencia como el fuego lo es a la videncia. La luz combinada con el fuego produce la paz, mientras que por separado provocan la violencia.

Hay infinitos fuegos, por lo que habrán infinitas videncias pero la clarividencia es única, la del espíritu inmanifestado.

En el desarrollo actual de la mente permanecen el fuego y la luz en un mismo plano, el mental, pues la luz se corresponde con la mente abstracta y el fuego con la concreta, y el proceso será el de ir transformando esa luz mental de la intuición en el fuego del pensamiento, que a su vez, actuará como luz para el plano emocional y este para el físico, cuando ello así ocurra, toda la luz será transformada en fuego, el espíritu en materia y el alma habrá adquirido su máxima brillantez, "todo ha sido consumado", no consumido.

Así las cosas, la intuición podría manifestarse como clarividencia astral y también mental, pero las clarivencias astrales y mentales sin intuición no se corresponden con la luz sino con los fuegos, luego el ser intuitivo sabe de una y de otra por separado, mientras que al que le falta esa intuición no puede distinguirlos y los confunde con la luz, con la verdad y con la revelación.

Aunque hay que afirmar que la luz, la verdad y la revelación existen en todos los planos posibles solo que en distintas frecuencias, y cuando nos referimos al máximo grado de luz o de verdad, nos estamos refiriendo a esa luz que todavía no existe como fuego en la humanidad, y el acto de transformar en fuego a la luz tan solo puede ejecutarlo un ser intuitivo y clarividente, no el que vive de creencias ajenas, se muestra deseoso y vidente sabiendo de fuegos aunque ignora qué es la luz.

Eloy Millet Monzó
Abril-2008